

“Also Sprach el señor Núñez”, de Abelardo Castillo: la utopía negativa del oficinista¹

Nicolás Jozami

Universidad Nacional de Córdoba (UNC)

jozaminicolas@gmail.com

Resumen

El objetivo del siguiente trabajo es mostrar e indagar la puesta en funcionamiento del concepto de “utopía negativa”, que se despliega en el cuento “*Also Sprach el señor Núñez*”, de Abelardo Castillo, publicado en su libro *Las otras puertas*. Describiremos, por medio de la ficción, lo que todavía no es, la búsqueda del paraíso en la luz de las capitales que se transforman en cárcel para los hombres, y destacaremos la ironía con que el autor trata en el cuento la posibilidad real de un cambio radical para la especie humana, las transformaciones de los personajes que provocan el fracaso del impulso utópico, y el desencuentro con los espacios del progreso espiritual. Las necesidades que se renuevan y la imposibilidad de resolverlas; el extrañamiento, y el desencuentro con los deseos. Analizaremos en detalle el relato mencionado, remarcando cómo se desarrolla la crisis utópica y se vislumbra la recuperación de un éxtasis mítico, emblema de las utopías clásicas. Es intención detenernos en la confección del cuento, (su anécdota, su tono, su resolución, su atmósfera), centrándonos en la metáfora utópica que concentra la tensión y que fundamenta la progresión de los acontecimientos. Por último, haremos referencia a la propia concepción poético-mítica de Castillo, que describe en sus textos ensayísticos y artículos, para reforzar de esta manera, con sus propias reflexiones acerca del trabajo literario, lo que expondremos sobre los relatos seleccionados.

Abstract

The following paper aims to show and inquire the commissioning of the concept of “negative utopia”, which unfolds in the story “*Also Sprach Mr Núñez*”, Abelardo Castillo, published in his book *The other doors*. Will describe through fiction, it still is not, the quest for paradise in the light of the capitals that are transformed into prison for men, and highlight the irony with which the author deals in the story the real possibility of a radical change for the human species, the transformations of the characters that cause the failure of the utopian impulse, and the misunderstanding with the spaces of spiritual progress. Needs that are renewed and the impossibility of resolving them; the estrangement, and the clash with the wishes. We will discuss in detail the aforementioned story, remarking how the utopian crisis develops and a mythical ecstasy, emblem of the classical utopías recovery in sight. It is the intention to stop us in the making of the story (his anecdote, its tone, its resolution, its atmosphere), focusing on the utopian metaphor that concentrates the tension and which bases the progression of events. Finally, we will make reference to the poético-mítica conception of Castle, which describes its factual texts and articles, to reinforce this way, with his own reflections about the literary work, which we will expose on the selected stories itself.

¹ El siguiente trabajo fue realizado desde el Proyecto “Tensiones estéticas y políticas en la Literatura Argentina: mito crisis y utopía en la práctica de textos”, perteneciente al Equipo de Investigación dirigido por la docente e investigadora María Elena Legaz (UNC) y por el docente e investigador Fabricio Forastelli (UBA-Conicet).

Es intención mostrar en el presente trabajo cómo se configura el concepto de utopía en un relato del autor argentino Abelardo Castillo, y de su contrautopía o utopía negativa, que brota en el desarrollo mismo de la ficción. El cuento escogido es “*Also Sprach el señor Núñez*”, recogido en volumen por primera vez en 1961, en el libro *Las otras puertas*.

La narración está signada por el tono irónico que despliega la idea de una utopía atomizada en un individuo –el señor Núñez– que llega un día a la oficina de la empresa en la que trabaja, llamada “Pirotecnia”, con una valija con explosivos y una pistola. Allí lanza un discurso donde mezcla la lucha de clases, el misticismo, el hartazgo de la rutina y la salvación del hombre a través de la muerte colectiva, que busca generar un efecto contagio, empezando por sus propios compañeros. El cuento reescribe tipicidades, temas y elementos de nuestra literatura canónica y contemporánea. Veremos también cómo se ponen a funcionar tales temas/elementos.

Desde el título, notamos ya la directa relación que existe entre el señor Núñez, un oficinista de una fábrica de Buenos Aires, y la posibilidad que la ficción le asigna de convertirse en un superhombre, a la manera en que lo evoca Friedrich Nietzsche, en su libro *Also Sprach Zarathustra (Así habló Zarathustra)*: ese profeta enviado a destronar al dios de los judíos para revelar la verdadera esencia del hombre nuevo. El señor Núñez pretende ocupar esa posición de enviado divino frente a sus compañeros, con la salvedad de que los demás lo atienden aterrados, ya que lleva consigo una caja de explosivos y un arma. Nos servimos de dos citas del texto de Nietzsche que atraviesan –siempre de manera irónica– el cuento. Una: “Lo más grande del hombre es que es un puente y no una meta” (Nietzsche 1992: 29). Núñez les resume a sus compañeros que la vida humana debe modificarse, constantemente, en aras de una perfección, y que ellos serán el paso para movilizar esta idea. Otra: “¡Ved a los buenos y justos! ¿A quién odian por encima de todo? ¿Al que rompe sus tablas de valores, al quebrantador, al infractor, al infractor? ¡Pero ése es el infractor!”(1992: 39). El protagonista se autoproclama como el creador, el iniciador de una espiral que convertirá al hombre en dueño de sus actos.

Nos detenemos en la tipología del personaje que encarna Núñez: el oficinista. En nuestra literatura, grosso modo, este tipo de personaje ha tenido gran asidero. Desde que se instaura el trabajo de oficina en nuestro país, existió siempre una literatura que siguió con especial énfasis el desarrollo de esta actividad junto con los personajes que la llevan adelante. Desde Leónidas Barletta o Roberto Mariani, quien le dedicó un volumen de cuentos a la especie. Así, en un relato de Barletta, titulado “*Diálogo con el viento*”, leemos que Anavadro, un oficinista solitario, se hace amigo del “viento”, en la cima de una montañita detrás de su casa, y recurre a hablar con él y a leerle lo que escribe tras su paso cotidiano y fantasmal por el trabajo:

Si decimos que alguien se había hecho amigo del viento, muchos sonreirán con sorna. La gente se ha vuelto dura y estrepitosa a fuerza de decepciones, y es difícil que se interese por un espíritu original y tímido. Y sobre todo callado. Pues Anavadro apenas despegaba los labios para murmurar un “buenos días” o un “muchas gracias” huido. (Barletta 1965: 13)

Por su parte Remo Erdosain, personaje emblemático de Arlt es, en resumidas cuentas, un empleado de oficina –de una compañía azucarera– invadido por la angustia, en búsqueda de la felicidad.

Si continuó trabajando en la Compañía Azucarera no fue para robar más cantidades de dinero, sino porque esperaba un acontecimiento extraordinario –inmensamente extraordinario– que diera un giro inesperado a su vida y lo salvara de la catástrofe que veía acercarse a su puerta. (Arlt 2001: 13)

Y si nos remontamos a la literatura universal, podemos decir que con *El capote*, de Gogol, *El proceso*, de Kafka, y *El doble*, de Dostoievski se canoniza el tema del personaje oficinista y de la burocracia moderna, entendida como ese sistema tan opresivo como ineludible en la sociedad capitalista.

En el cuento de Castillo el señor Núñez dice que “el oficinista es un estado intermedio entre el proletario y el parásito social” (Castillo 1997: 60), al igual que el propio Zarathustra decía de sí mismo que “vengo a ser algo así como un intermedio entre el loco y el cadáver” (Nietzsche: 36). Núñez llega entonces unos minutos más tarde a su trabajo y expone su teoría, instando al suicidio colectivo. Les habla a sus compañeros, pero al ver que no acceden a su pedido desesperado aunque grotesco de que se maten, les dice que procederá a eliminarlos, para crear las condiciones del mundo nuevo. He aquí el rasgo caricaturesco: Núñez es una especie de Zarathustra que se siente enviado a anular su vida y la de los demás, drásticamente por cierto, utópicamente; pero creyendo eso, sintiéndose un profeta, obliga y somete a los compañeros de trabajo a realizar lo que él cree que está llamado a hacer.

Un rasgo utópico que podemos apreciar en el discurso del personaje es el de la celeridad en cuanto a la perspectiva del cambio y a la conformación definitiva de una sociedad diferente. Núñez establece un diagnóstico social, describe un panorama desgajado ya de la realidad, perimido, que es necesario cambiar por otro mejor. La utopía como lugar ideal podemos rastrearla desde el propio Platón. En su diálogo “La República”, describe la construcción de ese Estado ideal, en la que la vida social debería ser perfecta; para ello deben disolverse ciertas nociones, principios, instituciones. En tanto, en *Critias* y *Timeo*, narra, a partir de Solón, el descubrimiento, funcionamiento y la destrucción y hundimiento de la Atlántida, esa ciudad ideal que inspiró y echó a rodar la idea espacial de utopía.

A Neptuno le cupo en suerte la isla Atlántida, en una parte de la cual estableció a los hijos que había tenido con una mortal. Fue no lejos del mar, en una llanura situada en el centro de la isla, la llanura más fértil y bella seguramente de todas las llanuras. (Platón 2000: 728)

En Platón, la utopía es el espacio físico; en la ficción de Castillo, la utopía pretende la creación de las condiciones que generarán ese espacio idílico y diferente.

Dentro de esta idea diríamos geopolítica de la utopía como “ese lugar ideal donde los individuos pueden vivir sin mayores inconvenientes, en la plena satisfacción de sus deseos”, se inscriben las utopías clásicas de Moro (*Utopía*), de Bacon (*La nueva Atlántida*), de Campanella (*La ciudad del Sol*), de William Morris (*Noticias de ninguna parte*) entre muchas otras que instalan esta esencia “verdadera” del lugar perfecto, con virtudes únicas e irremplazables. Pero en muchos casos la falla de esta idea, radica en su “intención de inmutabilidad”, ya que la utopía debería ser vista como “resorte de inventiva incesante y no como una alteridad inalterable” (Hopenhayn 1987: 3-10).

Otro problema a nivel pragmático que aparece en el cuento, es que la creación de esa utopía tiene un autor único que la piensa, y ese será uno de sus estigmas de imposible implementación real. Los autores de los textos o discursos utópicos las fabrican desde sí

mismos, sin la intervención “real” del conjunto social o grupos salidos de la misma. Es el propio Borges quien en su cuento “*El Congreso*” realiza una sátira demoledora sobre la idea de la representatividad social. A la vez, Horacio Quiroga, en su cuento –poco conocido– “*Los hombres hambrientos*”, describe la situación de hombres que, hartos de la vida en la ciudad, deciden irse a vivir al bosque, recomenzar una vida con nuevos valores solidarios en comunidad, pero, al entrar el afán de riqueza, aparece el egoísmo y la corrupción en sus actos. Es decir, lo utópico, al concretarse, dura poco. La solución que se dicta entonces es “quemar las pirámides de comida y con ello el gusano que las carcome y las crea. Así se comenzará de nuevo” (Quiroga 1935).

En “*Also Sprach el señor Núñez*” el protagonista propone un orden ideal que se debe construir con las ruinas del mundo, y para ello resalta la putrefacción del orden humano vigente. “Una construcción utópica no puede nunca garantizar que en la práctica se logre el cabal cumplimiento de lo deseado, pero sí puede evitar que lo no deseado parezca inexorable” (Hopenhayn 1987: 339). Núñez, el empleado, establece un horizonte revolucionario personal, delimita su utopía personal, por lo tanto negativa al afincarla en la práctica. Ernst Bloch, en el prólogo de su obra *El principio esperanza*, destaca que:

Anhelo, espera, esperanza necesitan su hermenéutica, el alborear de lo ante-nosotros exige su concepto específico, lo nuevo exige su concepto combativo. Y todo ello, al servicio de un fin: que por medio del reino de la posibilidad conocido se trace, al fin, críticamente el gran camino hacia lo apuntado necesariamente, quedando orientado de modo permanente hacia ese objetivo. (Bloch 2004: 29-30)

Bloch entiende que la utopía debe necesariamente ser inteligida por el conjunto de la sociedad, y que ese “hacerse constantemente” proporcionará su efectivo cumplimiento. El señor Núñez lleva en su interior la concepción de Bloch, pero yerra al pretender imponer sus futuristas dictámenes, lo que lo convierten por el tono del cuento, en una especie de “megalómano piadoso”.

Así, al verse solitario y sin respuesta, la propuesta utópica del protagonista reposará en la sangre joven, en el cadete Di Virgilio, un morochito que está junto con los demás empleados cuando irrumpe Núñez, y que a su vez ocupa el lugar de menor jerarquía de la empresa:

Calló. Se había quedado mirando al cadete, un muchacho morochito, de apellido Di Virgilio. Volvió a hablar después de una pausa.

–Oíme, pibe –dijo, y en su voz secretamente se mezclaban la conmiseración y la ternura–. Vos todavía estás a tiempo. –El muchacho, sobresaltado, dio un respingo.

–Sí, sí, a vos te digo. Vos todavía estás a tiempo; tirate el lance de ser un hombre. Escuchá. El empleado de oficina no es un hombre. Es cualquier cosa, una imitación adulterada, un plagio, una sombra. Todos estos que ves acá son sombras. Fijáte qué caras de nada tienen. (...) Pero vos todavía estás a tiempo, pibe; todavía tenés derecha la columna y aún no te salió el callito irremediable en el dedo mayor... (Castillo 1997: 62).

Dice luego que el trabajo en sí mismo es una extravagancia, y que el hastío rodea inexorablemente a todos los compañeros que jamás han intentado modificar sus rutinas. De hecho, luego del sermón, despide al incontaminado Di Virgilio del lugar, con la verdad revelada, dejando una semilla de su obra.

Este tema de la rutina en el trabajo oficinesco, y la posibilidad de redención solamente a través de los sueños, se ve claramente en la pieza teatral de Arlt *La isla desierta*. Manuel, el oficinista que ya se siente harto de la rutina, que escucha los barcos que pasan frente a sus narices tras los ventanales del décimo piso de un edificio de contaduría, pretende lo que el ordenanza Cipriano, mulato, cuenta que ha hecho con su vida: ha viajado por el mundo conociendo lugares, y como muestra de sus idílicos paseos, descubre sus tatuajes hechos por diferentes personas de distintos lugares del Globo. Enseguida, el mulato insta a todos a que se atrevan a dejar la oficina y a viajar, a subirse a esos barcos que nunca alcanzaron y que se arrepienten de no haber tomado antes. Y toma a Manuel como el primer eslabón:

MANUEL: –No sé. La vida no se siente. Uno es como una lombriz solitaria en un intestino de cemento. Pasan los días y no se sabe cuándo es de día y cuándo es de noche. Misterio. (Con desesperación). Pero un día nos traen a este décimo piso. Y el cielo, las nubes, las chimeneas de los transatlánticos, se nos entran en los ojos. Pero entonces ¿existía el cielo? Pero entonces ¿existían los buques? ¿Y las nubes existían? ¿Y uno, por qué no viajó? Por miedo. Por cobardía. Mírenme. Viejo. Achacoso. ¿Para qué sirven mis cuarenta años de contabilidad y de chismerío?

MULATO: –(Enfático) Ved cuán noble es su corazón. Ved cuán responsables son sus palabras. Ved cuán inocentes son sus intenciones. Ruborizaos amanuenses. Llorad lágrimas de tinta. Todos vosotros os pudriréis como asquerosas ratas entre estos malditos libros. Un día os encontraréis con el sacerdote que vendrá a suministraros la extremaunción. Y mientras os unten con aceite la planta de los pies, os diréis: “¿Qué he hecho de mi vida? Consagrarla a la teneduría de libros”. Bestias. (Arlt 1964: 75-76).

El mulato le muestra a Manuel que puede cambiar su vida, da el puntapié inicial; cuando aparece el jefe de la sección se desploma todo aquel idilio final de jolgorio en la obra. El jefe pide que echen a los empleados y que coloquen vidrios opacos en reemplazo de esos ventanales transparentes donde Manuel oye los barcos, la posibilidad de una isla exenta de toda la pobre miseria oficinesca que lo tiene atrapado desde hace ya más de un cuarto de siglo.

En la base de esta utopía a través de la negación para un sitio mejor, donde Núñez se hace llamar el “Anti-Marx del oficinismo”, no podemos dejar de notar también la relación que se establecería entre sus dichos e intenciones con los personajes Silvio Astier y Remo Erdosain. En determinado momento, Núñez dice que él, y los que lo sigan, crearán las condiciones del nuevo orden. Y que la verdadera creación -es decir lo que lo hace a uno dueño absoluto de algo, de su destino también-, es la posibilidad de destrucción de eso que es suyo. Bien, Erdosain, en el capítulo titulado “*El enigmático visitante*” de *Los Lanzallamas*, rememora cuando era niño, donde lo asaltaba esta acción destructora-creadora que, según el comentador, signará su vida:

Erdosain a los siete años es absolutamente puro. Aborrece instintivamente a los chicos que dicen obscenidades. Quisiera no avergonzarse de escucharlas, pero la sangre sube a sus mejillas cuando se pronuncia una mala palabra. Ahora, lo que absorbe su atención es la fortaleza, secándose al sol. La contempla con orgullo de arquitecto. Luego cavila un instante. ¿A qué héroe puede convertirlo en habitante de la fortaleza? ¿A un pirata o a un general? Si es general, tiene que vivir en la costa de África. Pero el general

no puede ser buena persona, porque si no, él no lo sitiaría en la fortaleza, que va a destruir a cañonazos.

Y es que una vez construida la fortaleza, Erdosain se divierte en destruirla. (1. Nota del Comentador: En este acto del Erdosain niño, ¿podemos encontrar un símil con la conducta que observa destruyendo casi sistemáticamente aquello que más ama, cuando ya es mayor?) (Arlt 1999: 73)

Núñez quiere destruir la sociedad para fundar “desde allí” el Hombre Nuevo. Al finalizar el relato, descarga la pistola en el techo anunciando que enseguida morirán, pero justo ingresan policías y lo reducen. Uno de los gerentes palmea en el hombro a Di Virgilio, que es quien efectivamente trajo a la policía, y le dice que le subirá el sueldo. Sin embargo, el cadete se muestra insatisfecho. Esto nos permite pensar en una analogía, a la vez con otro personaje de Arlt, el Silvio Astier, de *El juguete rabioso*, que tras delatar al Rengo para que lo detuvieran, mantiene una última conversación con el ingeniero Arsenio Vitri, donde luego de pedirle un viaje al Sur, se despide y tropieza con una silla. Traspolado ese gesto al contexto del cuento de Castillo, de lo sucedido con el cadete Di Virgilio, vemos que traiciona a Núñez, pero que “se siente incómodo”.

El cadete realiza su gesto y es retribuido, al igual que Astier. Pero en el cuento de Castillo, al parecer lo hecho por el protagonista, ese delirio matinal de un lunes que llegó un ratito más tarde a la empresa, donde se autoproclamó belicosamente como un profeta moderno, y le “pasó la posta de su ideal” al cadete Di Virgilio, tuvo sus efectos mínimos. Los empleados, que retoman el trabajo como rutinariamente lo hacían, luego de este exabrupto del empleado Núñez, comienzan a teclear en sus máquinas 60 palabras por minuto, cuando antes el narrador había comentado que eran 90. Podemos ver aquí cómo el desesperado gesto del empleado, en aras de anclar esa utopía –que por su tono y desenvolvimiento desnuda su cara negativa– logra tener efecto en la imagen productiva y alienante de los propios compañeros. No dan todo lo que pueden al trabajo que se les ordena en La Pirotecnica. Tal vez el rasgo irónico en este cuento es un elemento más que, solapadamente, contribuye de algún modo a alcanzar “ese estado o lugar ideal”.

Cerramos este trabajo con un fragmento de la “*Balada de oficina*”, prólogo del libro de Mariani:

¡A trabajar! Si tu labor es limpia, exacta y voluntariosa –voluntariosa sobre todo–, los jefes te felicitarán. Tú estás sano; puedes resistir estas cuatro horas. ¿Has visto cómo las has resistido? Ahora vete a almorzar. Y vuelve a hora cabal, exacta, precisa, matemática. ¡Cuidado! Porque si todos se atrasaran, se derrumbaría la disciplina, y sin disciplina no puede existir nada serio. Otras cuatro horas al día. Nadie se muere trabajando ocho horas diarias. (...)

Ahora vete contento. Has cumplido con tu Deber. Ve a tu casa. No te detengas en el camino. Hay que ser serio, honesto, sin vicios. Y vuelve mañana, y todos los días durante 25 años; durante los 9.125 días que llegues a mí, yo te abriré mi seno de madre; después, si no te has muerto tísico, te daré la jubilación.

Bibliografía

- Arlt, Roberto. *Los Lanzallamas*. Buenos Aires: Losada, 1999.
- _____. *Los siete locos*. Buenos Aires: Clarín, 2001.
- _____. *Saverio el cruel; La isla desierta*. Buenos Aires: Eudeba, 1964.
- Barletta, Leónidas. *La flor y otros cuentos*. Buenos Aires: Eudeba, 1965.
- Bloch, Ernst. *El principio esperanza*. Madrid: Francisco Serra, 2004.
- Castillo, Abelardo. *Cuentos completos*. Buenos Aires: Alfaguara, 1997.
- Hopenhayn, Martín. “*La utopía contra la crisis, o cómo despertar de un largo insomnio*”. En: *Revista Comunidad*, abril de 1987, N° 60: pp. 3-10. Disponible en Internet: www.cepchile.cl/dms/archivo_1882_1160/rev33_hopenhayn.pdf
- Mariani, Roberto. *Cuentos de oficina*. Prólogo. Disponible en Internet: www.letropolis.com.ar/2007/02/mariani.oficina.htm
- Nietzsche, Friedrich *Also Sprach Zarathustra*. Barcelona: Planeta-Agostini, 1992.
- Platón. “*Critias o de la Atlántida*”. En: *Diálogos*. Prólogo de Francisco Larroyo. México: Porrúa, 2000.